

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

25-10-1974

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

**PLENITUD DEL SACERDOCIO
DE CRISTO**

*¡El misterio trascendente
de la Encarnación...!*

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.
I.S.B.N.: 84-86724-01-5
Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA
MADRID – 28006 ROMA – 00149
C/. Velázquez, 88 Via Vigna due Torri, 90
Tel. 91. 435 41 45 Tel. 06.551 46 44
E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

Mi *alma-Iglesia* necesita, por la exigencia de la perfección para la cual Dios la creó, gozar y disfrutar en la penetración saboreable del porqué de todas las cosas. Y por eso, cuando, en mi pequeñez, barrunto en saboreo amoroso el porqué del Eterno Seyente, adoro, desplomada de amor, del modo más perfecto que puedo hacerlo en la tierra, con el disfrute dichosísimo de saber que la adoración es la respuesta más adecuada de la criatura ante la excelencia perfectísima del Infinito Ser. Sólo adorando mi espíritu se siente descansado, respondiendo al Amor eterno, en rendimiento total con todo cuanto soy y poseo.

Pero también, cuando entro en el porqué de

la Encarnación, en su modo de ser y en la hondura de su realidad, translimitada, adoro trascendentemente, según la criatura es capaz de hacerlo frente al Creador.

¡Misterio pletórico de realidad, que, como manifestación del poderío y de la magnificencia del Infinito Poder, encierra en sí la realización perfecta del plan de Dios para con el hombre...! Porque en la Encarnación es dicho el romance de amor de la misma Trinidad y toda la realidad divina y creada, conteniendo en sí a Dios dándose al hombre y al Hombre retornándose al mismo Dios en Canción divina y humana.

¡Qué concierto de armonía, en teclear de inéditos matices, encierra, en el silencio de su trascendencia, el misterio subyugador de la Encarnación...! En él Dios se dice al hombre tal cual es, y en él el hombre se retorna a Dios tan maravillosamente, que, en la unión de la naturaleza divina y la naturaleza humana, el mismo Verbo infinito Encarnado del Padre es la Canción retor-nativa, en respuesta al Infinito Ser.

La Trinidad se da al hombre por Cristo en la Encarnación, y el hombre es injertado en la Trinidad por este glorioso misterio. Por lo que, el descanso de mi vida es adorar a Dios por lo que es en sí, por sí y para sí, y en el misterio del sacerdocio de Cristo, realizado y compendiado en la Encarnación.

Por el misterio del Verbo Encarnado, descubro

el compendio apretado de todo el plan de Dios terminado con relación al hombre, en la consumación de su perfección. Dios se hizo Hombre para que el hombre fuera Dios por participación y, viviendo de la perfección eterna, llenara el plan para el cual fue creado. Cristo es Dios con toda su dimensión infinita dándose al hombre, y es el Hombre que, con la contención de toda la creación, se entrega en respuesta de amor por toda ella.

El misterio de la Encarnación es la manifestación de la vida de Dios hacia fuera, en su Unidad de ser y en su Trinidad de personas. Dios vive con el hombre, por Cristo, toda su realidad; y el hombre vive con Dios, por Cristo, de la perfección infinita, en intercomunicación familiar con todos los hombres.

¡Oh misterio trascendente de la Encarnación, capaz de contener lo incontenible, porque es poseedor del mismo Verbo infinito Encarnado, que, en el seno de María, se trae consigo al Padre y al Espíritu Santo para morar en la Señora en recreo de amor y comunicación interfamiliar de vida trinitaria...!

¡Oh Misterio que hace posible que el Hombre pase a ser el Unigénito del Padre, la Palabra expresiva que, en borbotones de ser, sale de su Boca como manifestación candente de infinita sabiduría...! ¡Misterio luminoso por el que el Eterno vive con los hombres siendo uno de ellos en el tiempo...!

El Sumo y Eterno Sacerdote

El sacerdocio es unión de Dios con el hombre. Por lo que Cristo, que es por sí mismo la unión de Dios con el hombre, es la plenitud del sacerdocio; siendo la unción de la Divinidad sobre su humanidad tan desbordante, ¡tanto, tanto...! que no tiene más persona que la divina.

¡Qué unión la de la Divinidad y la humanidad, en Cristo...! ¡Qué perfección de compenetración...! ¡Qué plenitud de realidad por la cual, en la Persona infinita del Verbo Encarnado, quedan encerrados, en la unión de las dos naturalezas divina y humana, el Cielo y la tierra, el Creador y la criatura, la Eternidad y el tiempo, con todo cuanto contiene Dios y con todo cuanto contiene la creación...!

La plenitud del sacerdocio de Cristo le hace ser: la Unción y el Ungido, la Divinidad y la Humanidad, la Santidad infinita y el Recopilador de los pecados de los hombres, la Adoración perfecta y el Derramamiento de infinita misericordia; y la Respuesta que, en victimación sangrienta, satisface adecuadamente a la santidad de Dios ofendida.

¡Oh plenitud del sacerdocio de Cristo, que tiene el poder de ser por su Persona divina cuanto puede ser en la potencia infinita, y de ser en sí mismo Hombre, con la capacidad abarcadora de todos los hombres de todos los tiempos, y con la respuesta adecuada a la inmensidad del Ser,

en adoración y victimación cruenta, pudiendo decir en derecho de propiedad: Yo soy el Sumo y Eterno Sacerdote, porque soy en mí y en la perfección de mi realidad Dios y Hombre, con la posibilidad infinita que Dios se es y se tiene, y con la posibilidad máxima que el hombre es y puede ser!

Jesús es Dios con el Hombre; pudiendo decir por la plenitud de su Sacerdocio: Yo soy Dios y Hombre; Yo soy en mí la Unción sagrada y el Ungido; Yo soy el Donador infinito y el Recopilador de toda la humanidad; Yo soy el Plan de Dios terminado en el modo perfectísimo que el Infinito Ser inventó en su eterna sabiduría, así como la Respuesta que Él mismo quería recibir de la humanidad. Más aún: Yo soy, por mi divinidad, cuanto soy en la subsistencia infinita que, como Palabra del Padre, de El he recibido; y Yo soy, como Hombre, la Adoración perfecta ante la infinita santidad del Sumo Bien ofendido; Yo soy la Complacencia del Padre al mirar al Hombre, porque en mí se ve tan maravillosamente reflejado, que gozosamente puede decir: “Este es mi Hijo muy amado en quien tengo puestas todas mis complacencias”.

Cristo es la Adoración perfecta del Padre, que, ante la excelencia de la Infinita Santidad, responde adecuadamente a su perfección. Y Dios descansa porque es adorado por la criatura como Él infinitamente se merece.

Jesús, Adoración del Padre, por la excelencia

inexhaustiva de su santidad, ante esta misma Santidad ofendida y ultrajada, como manifestación amorosa, necesita repararla, y, en un supremo acto de adoración expiatoria, muere, respondiendo en el grado más perfecto que la criatura puede hacerlo frente al Infinito Ser ofendido.

La vida de Jesús, consumada paso a paso en su dolorosa victimación, es la expresión delectada en sangriento desgarramiento del amor de Dios, que, lleno de misericordia, se derrama sobre el hombre; y es delectación de victimación que glorifica al mismo Amor Infinito ofendido.

¡Oh misterio secretísimo de la Encarnación, que contiene lo incontenible y manifiesta lo inmanejable a través de las apariencias sencillas, captables y vivas de una humanidad tan maravillosamente adherida a la Divinidad, que hace posible que Dios lllore en Belén, reviente en sangre en Getsemaní y muera desnudo de todo consuelo en el desgarramiento de la Cruz, como adoración perfecta de infinita reparación!

¡Oh “locura” del Amor Infinito...! ¿Habrá algo que, una vez que Dios se hace Hombre, no sea capaz de ser? Y por eso, en el derramamiento de ese mismo Amor, se hace Pan, Vino y Prisionero de nuestros sagrarios en la prolongación de los siglos que Él mismo encierra en sí, para ser, a través del misterio de la Eucaristía, el Cristo glorioso, pero victimado, que nos canta, en un himno de gloria, su amor infinito.

*El Cristo Grande
de todos los tiempos*

Mi pobrecita lengua quisiera romper en un cántico plebérico de delirantes melodías..., quisiera teclear inéditos conciertos..., para decir, en mi modo de ser y expresar, algo de la trascendencia que a los pies de mi Sagrario, iluminada por el Espíritu Santo, concibo del inexhaustivo misterio de la Encarnación, manifestado amorosamente en la vida de Cristo durante sus treinta y tres años, llenando la perfección de su victimación con su muerte en la Cruz y perpetuada durante todos los tiempos en la Iglesia.

¡Qué grande es Cristo...! ¡Qué trascendente el misterio que encierra...! ¡Qué plebérica y aplastante su realidad...! ¡Qué puede ser en sí que no sea, si es por su Persona divina todo cuanto puede ser en la misma posibilidad infinita de Dios, y por su humanidad todo cuanto el hombre puede ser en su posibilidad creada...? Como Dios, vive en unión con el Padre y el Espíritu Santo en la intercomunicación familiar de su vida trinitaria; y como Hombre, en la unión familiar de todo el que, adhiriéndose a Él por el misterio de la Iglesia, es tan uno con Él, que es parte de su Cuerpo Místico, pasando a ser miembro suyo por el compendio apretado del misterio de la Encarnación.

Cristo también es la Contención apretada de todos los tiempos con todos los hombres, abar-

cando, en el compendio de su realidad, la creación. Porque Él es el Cristo Grande que, en la perpetuación del misterio de la Iglesia, quita los impedimentos de la distancia y del tiempo para el que, injertado en Él, le vive como miembro suyo en la realidad apretada que Él en sí contiene.

¡Oh misterio avasallador de la Encarnación que hace posible que el Dios-Hombre, por la perfección abarcadora de su humanidad, encierre en sí a los hombres de todos los siglos, haciendo desaparecer, por la plenitud de la extensión de su gracia, hasta el tiempo con la distancia de su prolongación...!

No existe, para el Cristo Grande de todos los tiempos, ningún impedimento que le separe ni un ápice de ninguno de sus hijos, porque todos están contenidos en Él, haciéndoles vivir de la plenitud de su sacerdocio directamente en el manantial de su derramamiento.

Así como las tres divinas Personas, teniendo un solo ser, viven en la intimidad de su vida trinitaria siéndose toda su inexhaustiva perfección, en el misterio de Cristo todos somos uno con Él, de un modo tan perfecto, apretado e interfamiliar, que Él es la Cabeza de todos sus miembros; formando el Cristo Grande de todos los tiempos, y siendo capaces, por el misterio maravilloso de la Encarnación, de vivir por Cristo, en Él y con Él, en intercomunicación de vida familiar entre todos nosotros y con el Padre y el Espíritu Santo: “Padre, que sean uno como Tú y Yo somos uno”.

¡Qué grande es la Iglesia, perpetuación viva y viviente de Cristo con nosotros, contención de su misterio y donación de todo él en todos y cada uno de los momentos de nuestra vida...!

Por medio de la Iglesia, Cristo está con nosotros durante todos los tiempos; y nosotros con Él en el suyo, pasando a ser el tiempo, que aparentemente a mí me separa de Cristo, como un fantasma de imaginación que queda reducido a la nada por la grandeza de mi vida de fe, esperanza y caridad, la cual me hace vivir a Cristo sin fronteras, sin distancias y sin nada que se interponga entre Él y yo. Porque, ahondada en la concavidad profunda de su costado abierto, bebo a borbotones del manantial de su vida infinita, que, brotando del pecho de la Trinidad, por Él se me da en saturación de divinidad. Y también, en su costado abierto, me sacio de la plenitud de su sacerdocio, que, en derramamiento de victimación, responde, en un himno de adoración, al Amor Infinito ultrajado, en entrega perfecta.

Mi *alma-Iglesia* sacia toda su sed torturante a los pies del Sagrario junto al Dios llagado que, ante la Infinita Santidad ofendida, murió como himno de glorificación sangrienta.

¡Oh si yo pudiera dar gracias a Dios por el derramamiento de su amor, por la plenitud de cuanto Él es en sí, y por la magnificencia de cuanto en su misterio concibo! Mi pobrecito ser no es capaz de realizar lo que necesita, por la pequeñez de mi contención. Pero, no importa;

ahí está Cristo, que es la Acción de Gracias plena, respondiendo a Dios tan perfectamente, que, en su retornación, le canta el Cántico infinito que Él sólo puede cantarse. Y es tan grande y real la plenitud del misterio de la Encarnación, que por él, cuando el Padre me mira, en mí ve a Cristo, y me ve tan hecha una cosa con Él, que soy uno de los miembros de su Cuerpo Místico, pudiendo mi *alma-Iglesia*, llena de gozo en la saturación de su sabiduría, escuchar al Padre llamarme: Hijo mío, recreo de sus complacencias e imagen de su perfección.

¿Qué eres Tú, Jesús, que me hiciste contigo palabra viva que expresa a Dios en respuesta de glorificación amorosa...? ¿Qué eres Tú, Jesús, que me diste posibilidad, por la participación de tu sacerdocio, de ser redención de los hombres? ¿Qué eres Tú, Jesús...? ¿Qué eres Tú, Jesús...?

Yo hoy, translimitada por el compendio apretado que de ti comprendo por mi vida de fe, te adoro del modo descansado que la criatura, injertada en ti, puede hacerlo.

Gracias, Señor, porque en ti ya puedo adorar a Dios como necesito, porque en ti, participando de la plenitud de tu sacerdocio, puedo sentirme adoración que, en acción de gracias y reparación, responde al Amor Infinito ultrajado. Gracias, Señor, porque en ti, puedo ser alimento de vida en derramamiento abundante de divinidad para todos los hombres, sin distancia de tiempo y lugar.

El sacerdocio de María

Desde el misterio de la Encarnación, se trasciende al Increado, pero en el secreto profundo del seno de María, donde la Trinidad es cubierta por el manto intocable de la virginidad de la Señora.

Dios vive en el ocultamiento velado de su virginidad infinita en el *Sanctasanctorum* de su santidad eterna, envuelto en el Templo trascendente de su infinito ser. Nadie puede entrar en él sin ser introducido por el brazo omnipotente de su poder, en derramamiento de misericordia eterna.

Pero Dios quiso que entrásemos por la invitación de su Palabra Encarnada, y, para esto, se buscó la manera de dársenos envuelto en el *Sanctasanctorum* del seno de María, cubierto por el velo immaculado de su esplendorosa virginidad. Por lo que, para descubrir y entrar en lo profundo de Dios, se necesita ser introducido por la mano amorosa de María.

Toda la grandeza de Nuestra Señora, que también como la de Cristo fue manifestada en Belén, en el Calvario y en su gloriosa ascensión al Cielo, le viene por el misterio de la Encarnación en la plenitud del sacerdocio de Cristo.

También María tiene un sacerdocio que se llama: Maternidad divina; porque fue tan pletóricamente unguida por la Divinidad, que puede decir en derecho de propiedad al Hijo de Dios:

Hijo mío, en el mismo derecho con que se lo puede decir al Hijo del hombre.

En María, su sacerdocio se llama: Maternidad divina, porque es el medio por donde Dios se une al hombre y el hombre queda injertado, por Cristo, en Dios. Y Ella, siendo Madre del mismo Dios Encarnado, por el sacerdocio de Cristo, responde con Él, como Madre en la plenitud de su maternidad sacerdotal, en adoración, acción de gracias y reparación, por la ofrenda de su Hijo infinito Encarnado, hecha al Padre. Y así como Dios puede decir al encarnarse: Yo soy Dios y Hombre en la plenitud de mi sacerdocio, en María, su maternidad es tan maravillosa, tan divina, que le hace en derecho de propiedad ser Madre de Dios y Madre del Hombre. Todo lo demás en Ella es consecuencia del obrar perfecto de Dios en derramamiento sobre su maternidad. ¡Oh Maternidad divina de María, rebosante de plenitud y saturada de sacerdocio...!

Todo lo que en Cristo hemos visto de su sacerdocio en el misterio de la Encarnación, a través de la unión de las dos naturalezas en la persona del Verbo, se puede aplicar a María, en el modo y en el grado de su Maternidad divina, por la perfección de su sacerdocio, que hace posible que en Ella, por Ella y a través de su maternidad, se realice lo inconcebible: Dios que dice: Yo soy Hombre; y el Hombre, Yo soy Dios; María que dice a Dios: ¡Hijo mío!; y Dios, a María: ¡Madre mía! El dicho de Dios no es como el

nuestro, sino que, según la perfección de su infinito ser, cuando habla, obra lo que dice en realización terminada de cuanto pronuncia.

Dios hizo a María tan perfecta, a imagen de su Eterna Virginidad, que le dijo su Palabra tan infinitamente, que María, en el amor del Espíritu Santo en toque de fecundidad en su seno, rompió en una fecundidad de virginidad tan pletórica, que fue, en derecho de propiedad, Madre del Unigénito del Padre, Encarnado.

Por eso, si Cristo es Redentor, María Corredentora; si Cristo es la Adoración, María Adoradora; si Cristo es la Víctima, María le ofrece y se ofrece con Él al Padre, en función de su específico sacerdocio, con el derecho que su maternidad le da. Porque si Cristo es, por su sacerdocio, la contención y realización de todo el plan de Dios para con el hombre, lo es por María y por su Maternidad divina, donde se realiza la unión del hombre con Dios con toda la contención de donación infinita que esto encierra. Dios se nos da por María y nos levanta a sí, sublimándonos tan maravillosamente, que nos introdujo en la hondura profunda de su pecho.

*Dios se quiso dar al hombre
con ternura y corazón de Madre*

Mi pobrecita alma, ante el misterio de la Encarnación realizado en el seno de Nuestra Señora, se siente desplomar en amor a Dios, a

Cristo y a María, sabiendo, en el saboreo experimental de mi ser de Iglesia, que, acurruándome en mi Virgen Madre, podré, sin morir, contemplar en la tierra el misterio trascendente de la Encarnación.

María es la antorcha de mi vida, el sendero de mi caminar, el amparo en mis peligros, la maternidad de mi filiación, la Nueva Mujer por la cual vivo de Dios en el saboreo profundo de su misterio. Y, en la medida que sepa adentrarme en el seno de mi Virgen Blanca, se me darán y manifestarán en la tierra todos los misterios del Infinito Ser, que, en el derramamiento pletórico del sacerdocio del Hijo de la Virgen, se me deletrea desde su seno, con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo.

¡Qué sencillo es el plan de Dios...!, ¡qué tierno...!, ¡qué dulce...!, ¡qué maternal y qué amoroso...! Era necesario que Dios se diera a los hombres con corazón de Madre y amor de Espíritu Santo. Y esto en la tierra se llama: ¡María!, que, levantada hasta lo recóndito del pecho de Dios, es toda Ella Maternidad divina, capaz de arrancarle al Padre Eterno el Hijo infinito de sus entrañas y traérselo para que nos dijera, en deleiteo de amor, su romance de donación eterna.

La virginidad de María fue tan rica en la adhesión de todo su ser al Infinito, que hizo posible que el beso intocable del Espíritu Santo la hiciera romper en Maternidad divina, y, por esta Maternidad, Dios fuera Hombre.

¿Cómo querrán los hombres manifestar el verdadero rostro de la Iglesia, ocultando y queriendo hacer pasar desapercibida la brillantez de la grandeza de María? ¿Dónde irá por sabiduría divina aquel que no sabe recibirla en el ánfora preciosa donde la Eterna Sabiduría se encarnó para manifestarse en resplandores de santidad bajo la rompiente infinita de su explicativa Palabra?

Mi alma, creada para el Sumo Bien, se lanza al pecho de Dios, en los brazos de María, y Ella, introduciéndome en el recóndito de su maternidad, me impulsa hacia el mismo Dios, para que, adentrándome en los manantiales de sus inagotables afluentes, contemple, viva y participe del Eterno Seyente fluyendo en tres Personas.

¡Oh fecundidad de María, que hace que el Verbo infinito del Padre sea pronunciado en sus entrañas virginales tan maravillosamente que, en el requiebro gozoso del Amor Eterno, sea obrado el gran misterio de la Encarnación, y por su parto glorioso, manifestado a todos los hombres...!

Cuántas veces, iluminada por el Espíritu Santo, he comprendido, subyugada de amor, que todo cuanto Dios me ha dado, me da y me dará, será por y a través de la maternidad de María, y que, en la medida que viva mi filiación con Ella, Dios se me comunicará. María me lleva a Dios, y yo, como criatura pequeña, poseo lo imposible en la medida y dimensión que me introduzco en el *Sanctasanctorum* de las entrañas virginales de Nuestra Señora.

Maternidad universal de la Virgen

La Encarnación, en Cristo, es misterio de sacerdocio; y en María, por su maternidad, es también misterio de sacerdocio.

Por su sacerdocio, Cristo le dice al Padre: Yo soy el Hombre; y a los hombres: Yo soy Dios; con todo lo que esto encierra de donación por parte del mismo Dios, y de respuesta en adoración, acción de gracias y reparación, por parte, del Hombre.

Por su sacerdocio, María es Madre de Dios, y Dios, Hijo de una Mujer, dándole el Verbo, Encarnado tal plenitud a la maternidad de María, que, por sobreabundancia extensiva de esta pletórica realidad, la Virgen es Madre de todos los hombres. ¡Misterio inefable del infinito amor de Dios...! ¿Quién podrá conocerlo sin hacerse tan pequeño que sea capaz de perder su pobrecita comprensión y, adhiriéndose a la de María, vislumbrar en Ella y con Ella todos los misterios divinos? Dios dio a su Madre una comprensión tan grande de sus misterios, que la hizo contener lo incontenible, del modo trascendentemente inimaginable que le corresponde a su Maternidad divina.

El sacerdocio es unión de Dios con el hombre, por lo que Cristo, que es por sí mismo la unión de Dios con el hombre, es la plenitud del sacerdocio. Pero, como ese sacerdocio es realizado por la Maternidad divina de María, en Ella y por Ella Dios se une al hombre.

Por la plenitud del sacerdocio de Cristo, la virginidad de María, al romper en maternidad divina bajo la acción fecunda del Espíritu Santo, es maternidad de sacerdocio; distinto del sacerdocio ministerial del Nuevo Testamento, el cual es prolongación y perpetuación del sumo y eterno sacerdocio de Cristo.

Cristo es Sacerdote en la plenitud de la unión de la naturaleza humana y divina en su Persona; y María, de la dimanación del sacerdocio de Cristo, recibe un sacerdocio peculiar que se llama: Maternidad divina, en unión indecible con el Sumo y Eterno Sacerdote.

Así como el sacerdocio de Cristo, desde el momento de la Encarnación, fue perpetuado durante todos los siglos, recopilador de todos los tiempos y donador para todos los hombres, así la maternidad de María, desde el momento de la Encarnación, en la plenitud de este misterio, encierra, por la injerencia de todos los hombres en Cristo, la posibilidad abarcadora de contener, bajo el influjo de su maternidad, a todos los tiempos con todos los hombres en cada uno de los momentos de sus vidas; en las cuales, por la Iglesia y a través de su liturgia, se les hace vivible, captable, y aún más, presente y real, aunque misteriosamente, todo el misterio de la vida, muerte y resurrección de Cristo, en el compendio apretado de la maternidad de María. Por lo que la irradiación de esta maternidad se nos da y perpetúa en el seno de la Iglesia, en

y a través de los actos litúrgicos, por la contención del misterio de la Encarnación, que, realizándose en María, le hace ser Madre universal, repleta de sacerdocio por su Maternidad divina.

Cristo se es cuanto es, en el seno de María, desde él y por él y a través de su Maternidad divina; y, por esta maternidad, Él se nos da en cada uno de los actos de su vida privada y pública, y aún más, nos perpetúa toda su realidad por la liturgia durante todos los tiempos.

¡Oh Maternidad divina de María, desconocida, contención apretada del misterio de la Encarnación y extensión perpetuada de este mismo misterio, que por tu medio se da a los hombres bajo la acción santificadora, extensiva, abarcadora y vivificante del Espíritu Santo...! ¡Oh sacerdocio pletórico de la Maternidad de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación...! Déjame que, bebiendo en el manantial de tu virginidad, yo me sature tan maravillosamente, que, participando de tu fecundidad, dé a luz a Cristo en las almas y sea perpetuación, por mi injerencia en Él, de tu Maternidad que me hace también romper en fecunda maternidad espiritual.

Ya tengo modelo, en el seno de la Iglesia, para mi alma de virgen-madre. Ya encontré, por Cristo, en María, la plenitud de mi sacerdocio, el descanso de mi virginidad y la llenura de mi fecundidad; teniendo en María y por María mi modo peculiar para responder a Dios en adoración, que necesita, con Ella y como Ella, vitalizar a sus hijos

y presentarse con ellos, en la peculiaridad del sacerdocio de cada uno, ante la Infinita Santidad como respuesta de acción de gracias, cantándole un himno de perfecta alabanza a su Gloria.

*De la plenitud de Cristo
todos recibimos nuestro
peculiar sacerdocio*

¡Qué grande es la Encarnación que, en el compendio de su realidad, nos hace vivir misterios inconcebibles de donación y respuesta...!

Por la plenitud del sacerdocio de Cristo, todos somos capaces de poseer a Dios, siendo por Cristo, con Él y en Él, sacerdotes, en la diversidad de maneras que, en el seno de la Iglesia, Dios ha puesto para todos y cada uno de sus hijos.

El sacerdocio tiene su modo peculiar en el derramamiento de la unción sagrada sobre el hombre, que, según la voluntad de Dios, se da de una u otra manera a cada uno para la realización de su plan eterno.

El sacerdocio es intrínsecamente unión de Dios con el hombre y del hombre con Dios. Por eso Cristo, que es la plenitud de ese sacerdocio, es en sí Dios-Hombre.

A María, su sacerdocio le hizo ser Madre de Dios y Madre del Hombre, en una maternidad tan pletórica, que en su seno se realizó la unción

de la Divinidad sobre la Humanidad, en realidad plena de sacerdocio.

Por eso, cuando Dios unge al sacerdote del Nuevo Testamento, le unge para sí, para que sea Cristo ante los demás, y para que, con la fuerza y el poder de esta gracia, recoja a todos los hombres y los lleve a Él.

¡Qué grande es el sacerdote del Nuevo Testamento, que, por la unción sagrada, desde el día de su ordenación, puede decir: “Esto es mi Cuerpo”, “Esta es mi Sangre” y realizar nuevamente el misterio de la Encarnación, vida, muerte y resurrección de Cristo, frente a Dios y entre los hombres...! ¡Qué grandeza la del sacerdote, que es capaz de perpetuar a Cristo entre nosotros y aún más, de ser Cristo entre los hombres, con la plenitud y llenura de la participación de su Sacerdocio...!

El dicho de Dios, en el derramamiento de su voluntad infinita, obra lo que dice. Por lo que, el sacerdote del Nuevo Testamento, con la fuerza de la unción de la Divinidad sobre él, es capaz de renovar en perpetuación, cuanto duren los siglos, el misterio de la Encarnación que, realizado por la maternidad de María, se nos da con la contención de la vida, muerte y resurrección de Cristo.

Es el sacerdote el que, a través de la liturgia, perpetúa a Cristo entre los hombres, el que realiza lo que sólo Cristo puede realizar, en un “decir” que es obrarse el mismo Cristo en cuanto es como

Sumo y Eterno Sacerdote, con el poder de su gracia, para bien de la humanidad. Y por eso, el sacerdote tiene el poder de perdonar los pecados, de levantar al hombre caído y hacerle hijo de Dios, obrando milagros que sólo el Unigénito del Padre, por la fuerza de su sacerdocio y en la plenitud del mismo, es capaz de efectuar.

¡Ay sacerdote, sacerdote del Nuevo Testamento...! ¡Cómo ha de conformarse toda tu vida a la realización del poder de la gracia que sobre ti ha caído el día de tu ordenación sacerdotal...! ¡Ay sacerdote de Cristo, realidad desbordante de perfección inconcebible...!

¡Oh Pastores de la Santa Madre Iglesia de Dios, poseedores de la plenitud del sacerdocio, continuadores de los Apóstoles, portadores de su pastoreo...!

¡Oh maravilla de la infalibilidad del Papa, que, por ser el Supremo Pastor, posee y es capaz de congrega a todos los hombres en un sólo pensamiento, y expresarles con seguridad la voluntad infinita de Dios a través de su palabra de hombre...!

Danos, Señor, saber apreciar tu amor infinito, que, obrando lo que dice, nos hace a cada uno, según el modo peculiar y particular de tu voluntad, participar de Cristo en el seno de la Iglesia para tu glorificación y en la realización de tu plan eterno sobre los hombres.

Todos los cristianos, por la unción de la Divinidad que se derrama sobre Cristo, como

Cabeza del Cuerpo Místico, y a través de la Maternidad de María, hemos recibido de la plenitud del Sumo y Eterno Sacerdote un sacerdocio para la saturación de nuestras vidas y vitalización de todo el Pueblo de Dios. Porque, así como “el unguento que chorreaba de la cabeza de Aarón, empapaba todas sus vestiduras llegando hasta la orla de ellas”, así todos nosotros, injertados en Cristo, somos empapados de la plenitud de su divinidad, participando de su sacerdocio.

Por el bautismo, todos tenemos nuestro sacerdocio misteriosamente recibido de Cristo, y, en la medida que nos vamos abriendo a la donación infinita, se va haciendo más fecundo, más pleno y más glorificador para Dios en extensión de vitalización para los hombres.

*Ejercemos con Cristo
nuestro sacerdocio*

A Cristo, su sacerdocio le viene por la unión de las dos naturalezas en la Persona del Verbo, que le hace poder decir, en derecho pleno de realidad: “Yo soy Dios y Hombre”.

A María, el derramamiento de su sacerdocio le da capacidad de llamar a Dios: ¡Hijo mío!; y de que el Hijo de Dios la llame Madre, como manifestación de lo que es.

Al sacerdote del Nuevo Testamento, su participación del sacerdocio de Cristo le capacita

para decir: “Esto es mi Cuerpo”, “Esta es mi Sangre”, y para obrar entre los hombres la perpetuación de Dios con nosotros, de tal forma que nos haga ser miembros vivos de Cristo en la realidad de su Cuerpo Místico.

La plenitud del sacerdocio de Cristo es tan inmensa, que, de él, todos los cristianos hemos recibido nuestro sacerdocio, capaz de hacernos vivir su vida, su tragedia y su misión en unión con Él mismo y, por Él, con el Padre y el Espíritu Santo, y en intercomunicación de bienes con todos los hombres de todos los tiempos, que, adhiriéndose a Cristo, pasan a ser miembros suyos.

¿Cuál fue la postura del alma de Cristo en el momento de la Encarnación? Recibir a Dios y, adhiriéndose a Él, responderle adorándole en un himno de alabanza como reparación a su infinita santidad ofendida; y, en ese mismo instante, volverse a los hombres y, como Dios, dárselos en donación, haciéndola extensiva a todos ellos en la prolongación de los siglos, por la Iglesia.

¡Oh momento trascendente de la Encarnación, que le hace a Cristo recoger también a todos los hombres, y, encerrándolos en el compendio de su perfección, retornarse a la infinita Santidad como Respuesta de todos ellos y como Oblación de su sacerdocio ante la excelencia del Infinito Ser, para darles a beber de la abundancia de sus manantiales, de la plenitud de su Divinidad...!

María fue sólo una adhesión a todos los

movimientos del alma de Cristo en su vida, misión y tragedia, con el matiz de Virgen-Madre; siendo ésta también la postura del sacerdote del Nuevo Testamento, a la cual debe conformar toda su vida.

Y como del sacerdocio de Cristo todos los que estamos en Él hemos recibido un sacerdocio real, por Cristo, con Él y en Él, nuestra vida ha de ser: glorificación de Dios, en extensión de su Reino, como alabanza de su Gloria.

¡Qué grande es el misterio de la Encarnación, por el cual todos formamos un Pueblo sacerdotal repleto y saturado de divinidad! ¡Qué grande es la Iglesia, que es la contensora de todo el compendio de la donación de Dios en derramamiento sobre el hombre, que, remansado en su seno, se perpetúa en realidad viva y viviente de infinita donación!

'El Eco de la Iglesia'

Gracias, Señor, porque hoy, al comprender más profundamente el misterio del sacerdocio, me siento inmensamente feliz por ser la más pequeña en el seno de la Iglesia. ¡Qué dichosa me siento de que la Iglesia tenga una plenitud tan grande de sacerdocio por la diversidad de maneras y estilos de poseerlo...!

Hoy he comprendido aún más claro cómo yo sólo soy 'el Eco de la Iglesia' que, en repetición

cantora, por la participación de mi sacerdocio, manifiesto el compendio apretado de la riqueza que, en el seno de la Iglesia, Dios ha depositado.

Mi misión es repetir, en mi fidelidad de 'Eco', la plenitud de su riqueza, y por eso deletreo como puedo la grandeza del sacerdocio de Cristo, la brillantez de la Maternidad divina de María y la diversidad de maneras de sacerdocio que en el seno de la Iglesia se encierran. Hoy he comprendido aún mejor la diferencia entre el sacerdocio de Cristo y el de María, entre el sacerdocio ministerial del Nuevo Testamento y el de María.

¡Qué grande es Dios en la perfección de su ser, en la intercomunicación familiar de su vida y en la manifestación esplendorosa de su poder, que hace de Dios, Hombre; del Hombre, Dios; de la criatura, Madre del Increado; del Increado, Hijo de la criatura; del hombre, perpetuador del misterio de Cristo por la participación de su Sacerdocio; de Cristo, Cabeza de todos los miembros de su Cuerpo Místico; y de todos los hombres, parte de Cristo en la dimensión del misterio de la Iglesia!

Yo hoy, como 'Eco de la Iglesia', por la participación del misterio del sacerdocio de Cristo y de la maternidad sacerdotal de María, unida a todos mis hijos, me presento ante el Amor Infinito con el modo peculiar del sacerdocio de cada uno de ellos y con la variedad de sus matices; y, en la plenitud de su contención, respondo a Dios, en nombre de todos ellos, por ellos y por mí,

en adoración que necesita ser victimada por la Iglesia, como un himno de gloria a la Infinita Santidad. Y en mi himno de alabanza, subyugada por la excelencia de la majestad de Dios, corro a todos los confines de la tierra con la plenitud que me ha dado mi maternidad sacerdotal en el seno de la Iglesia, para saturar a todos los hombres de la divinidad que, brotando del pecho de Cristo, por María y a través del sacerdocio, se nos comunica en perpetuación viviente y misteriosamente real durante todos los tiempos.

¡Qué grande es el compendio apretado que encierra la Iglesia en su seno...! ¡Qué repleto de divinidad...! ¡Qué saturante de felicidad...! ¡Y qué pocos se sacian en sus manantiales por no descubrir el torrente de sus aguas!